

Carta Al Papa León X

Martín Lutero

(1520)

JESÚS

Martín Lutero saluda al Sumo Pontífice León X en el nombre de Cristo Jesús, nuestro Señor. *Amén.*

Como uno de los monstruos de este siglo, con los cuales ya en el tercer año tengo que ver y luchar, me siento obligado a dirigir la mirada hacia ti y a recordarte, Beatísimo Padre León. Principalmente, ya que en varias partes se considera que tú sólo eras para mí la causa de mi contienda, jamás puedo dejar de pensar en ti. Y aunque tus aduladores impíos se hayan enfurecido contra mí sin causa alguna, me vi compelido a apelar desde tu sede a un concilio futuro¹, sin tomar en cuenta para nada las vanísimas disposiciones de tus predecesores Pío y Julio, quienes por absurda tiranía prohíben esto mismo. Yo, no obstante, mientras tanto nunca aparté mi mente de tu Beatitud, de modo que no deseara con todas las fuerzas lo mejor para ti y para tu sede, y que no dejara de rogar a Dios, en cuanto a mí concernía, por este mismo camino con preces solícitas y gemebundas. Es cierto que comencé a despreciar a aquellos y triunfar sobre ellos, que trataban hasta ahora de asustarme con la majestad de tu autoridad y de tu nombre. Pero veo que queda una cosa que no puedo menospreciar, la cual constituye la causa por lo que vuelvo a escribir a tu Beatitud. Comprendo que me acusen por mi temeridad, considerando una grave falta mía el hecho de no haber respetado ni siquiera a tu persona.

Yo por mi parte, para confesar abiertamente el asunto, sé que sólo he dicho cosas magníficas y óptimas sobre ti donde quiera que tuve que referirme a tu persona. Si en verdad hubiera procedido de otra manera, yo mismo no podría aprobarlo de modo alguno y corroboraría en todo sentido el juicio de ellos sobre mí, y nada haría con mayor gusto que cantar la palinodia de esta temeridad e impiedad mías. Te llamé Daniel en Babilonia, y cualquier lector comprende perfectamente con qué esclarecido celo defendí tu insigne inocencia frente a tu contaminador Silvestre². En efecto, tu reputación — cantada por los escritos de tantos hombres con gran frecuencia en todo el orbe— y la fama de tu vida irreprochable son tan célebres y augustas como para ser atacadas de cualquier manera por nadie, aunque su forma fuese muy grande. No soy tan torpe como para censurar a quien todo el mundo elogia. Más bien, ha sido y será siempre norma mía no agredir ni siquiera a los que la opinión pública vitupera. No me deleito en los crímenes de nadie, porque yo

¹ 23 de noviembre de 1518.

² Silvestre Prierias.

mismo conozco bastante la viga grande en mi ojo³ y no puedo ser el primero en arrojar una piedra contra la adúltera⁴.

En verdad, por lo general he arremetido con vehemencia contra las doctrinas impías y no he sido moroso en satirizar a mis adversarios, no por sus malas costumbres, sino a causa de su impiedad. De ello me arrepiento tan poco que resolví perseverar en este ferviente celo, desdeñando el juicio de la gente y siguiendo el ejemplo de Cristo, quien en su ardor llama a sus enemigos generación de víboras, ciegos, hipócritas e hijos del diablo. Y Pablo reprende al mago como hijo del diablo de todo engaño y de toda maldad, y a ciertos falsos apóstoles los llama perros, obreros fraudulentos y falsificadores de la Palabra. Si aceptas el juicio de esos hombres delicados, nadie sería más mordaz e inmoderado que Pablo. ¿Quién es más áspero que los profetas? Por cierto, la insensata multitud de los aduladores hizo los oídos de este siglo tan delicados que, tan pronto como notemos que no se aprueba todo lo nuestro, enseguida gritamos que nos muerden, y cuando no podemos repeler la verdad de otra manera nos escabullimos bajo el pretexto de la mordacidad, la impaciencia y la inmodestia.

¿Para qué serviría la sal si no muerde? ¿Para qué el filo de la espada si no corta? Maldito el que hiciere en forma fraudulenta la obra del Señor. Por ello, excelentísimo León, ruego me tengas disculpado con esta carta y te convenzas que yo jamás he pensado nada malo con respecto a tu persona, y además, soy un hombre que te desea lo mejor para siempre jamás y que no quiere tener contiendas con nadie por su moralidad, sino solamente por la palabra de la verdad. En todo lo demás cederé a cualquiera, pero no puedo ni quiero abandonar ni negar la Palabra. Si alguien tiene otra opinión de mí o ha comprendido mis escritos de otra manera, el tal se equivoca y no me ha entendido bien.

Sin embargo, ni tú, ni persona alguna podría negar que tu sede, llamada curia romana, es más corrupta de lo que jamás fuera Babilonia ni Sodoma. En cuanto yo comprendo, se caracteriza por una impiedad deplorable, desesperanzada y evidente. Ciertamente la detesté y me indigné, porque bajo tu nombre y con el pretexto de la Iglesia Romana fue escarnecido el pueblo de Cristo. Y así resistí y me opondré siempre a esa sede, mientras en mí viva el espíritu de la fe. No aspiro a cosas imposibles, ni espero que por mi solo esfuerzo se pueda conseguir nada en esta confusísima Babilonia, donde tantos aduladores con furia me combaten. Pero reconozco que soy deudor de mis hermanos y debo advertirles para que se pierdan menos o en menos grado por las pestes romanas. Tú mismo no ignoras que hace muchos años, desde Roma no inundan al orbe sino ruina de las posesiones, de los cuerpos y de las almas, como asimismo pésimos ejemplos de todas las cosas más abominables. Estas cosas son para todos más claras que el día, y la iglesia romana, que a su tiempo fuera la más santa, se transformó en una licenciosa cueva de ladrones, en el lupanar más impúdico de todos, en el reino del pecado, de la muerte y del infierno, de manera que ni el anticristo, si viniera, podría excogitar algo que pudiese añadir a semejante maldad.

Mientras tanto, tú León, estás como un cordero entre lobos⁵, como Daniel en medio de los leones, y como Ezequiel vives entre escorpiones⁶. ¿Qué puedes oponer tú solo a esos monstruos? Aunque agregues a ti tres o cuatro cardenales, eruditísimos y óptimos,

³ Mt. 7:3.

⁴ Jn. 8:9.

⁵ Mt. 10:16.

⁶ Ez. 2:6.

¿qué significarían éstos entre tantos? Todos tendríais que perecer con veneno antes que pudieseis anticiparos dictando un decreto para remediar la situación. No hay esperanza para la curia romana. La ira de Dios la sobrevino hasta el fin. Odia los concilios, teme ser reformada, no puede mitigar el furor de su impiedad, y cumple con el epitafio de su madre, de la cual se dice: "Curamos a Babilonia, y no ha sanado; dejémosla"⁷. En verdad habría sido tu obligación y el deber de los cardenales, subsanar estos males, pero esa gota se ríe de la mano sanadora, y ni el carro ni el caballo obedecen a las riendas.

Siempre me ha dolido debido a este efecto, óptimo León, que hayas sido hecho Papa en esta época, mientras eras digno de tiempos mejores. La curia romana no merece tenerte a ti, ni a hombres que te sean parecidos, sino a Satanás mismo, quien en verdad manda más que tú en esa Babilonia.

¡Ojalá dejaras a un lado esta dignidad de la cual tus enemigos acérrimos alardean que es tu gloria, y más bien te sostuvieras con la entrada de un modesto puesto privado de sacerdote o vivieras de herencia paternal! Jactarse de esa gloria merecen sólo los iscarotes, los hijos de perdición. ¿Qué haces en la curia, estimado León? Solamente esto: cuanto más malvado y execrable sea alguno, con tanto más éxito usará tu nombre y tu autoridad para arruinar los patrimonios y las almas, para multiplicar los crímenes y para suprimir la fe y la verdad, y toda la Iglesia de Dios. ¡Oh, en verdad, infelicísimo León, que estás sentado en un trono sumamente peligroso! Te digo la verdad porque deseo tu bien. Si Bernardo se compadece de su Papa Eugenio, aunque hasta ese tiempo la sede romana, si bien ya en aquel entonces corruptísima, gobernaba con mejor esperanza, ¿cómo no nos lamentaremos habiendo tenido en trescientos años tanto incremento de corrupción y perdición? ¿No es cierto que bajo este vasto cielo no hay nada más corrupto, más pestilencial y más odioso que la curia romana? Incomparablemente sobrepasa la impiedad de los turcos, de modo que es ahora una boca abierta del infierno la que en tiempos pasados fuera la puerta del cielo. Y es una boca tal que no puede ser cerrada a causa de la ira de Dios. Nos queda una sola posibilidad, la de llamar a algunos y protegerlos para que no caigan como dije, en las fauces de Roma.

Mira, mi Padre León, esta es la causa y el motivo por los que he atacado tan violentamente esta sede pestilente. De ninguna manera me propuse arremeter contra tu persona, de modo que esperaba merecer tu gratitud, cuando notaras que he obrado en tu bien al atacar tan vigorosa y enérgicamente esa cárcel tuya y aún más tu infierno, puesto que será provechoso para ti, para tu salvación y para la de muchos otros, cuanto el ímpetu de todos los ingenios pueda alegar contra la confusión de esa impía curia. Ejercen tu oficio los que hacen mal a ella; glorifican a Cristo los que la execran de todas las maneras; en resumen, son cristianos los que no son romanos.

Para ampliar mis declaraciones, jamás se me ocurrió agredir a la curia romana o disputar sobre algo con respecto a ella. Cuando vi que todos los remedios para salvarla eran inútiles, la desprecié, y dándole carta de repudio⁸, le dije: "El que es sórdido, sea sórdido todavía; y quien es inmundo, sea inmundo todavía". Me dediqué a plácidos y quietos estudios de las Sagradas Escrituras para ser útil por su intermedio a los que me rodean. Cuando hice algunos progresos en estos estudios, Satán abrió los ojos, y por medio de un indómito afán de gloria, incitó a su siervo Juan Eck, insigne adversario de Cristo, para llevarme inesperadamente a una disputación con el fin de captarme alguna

⁷ Jer. 51:9.

⁸ Dt. 24:1.

palabrita sobre el primado de la iglesia romana que incidentalmente se me escapara.

Entonces, aquel fanfarrón engreído, espumajante y frenético se jactó que arriesgaría todo por la gloria de Dios y por el honor de la Santa Sede Apostólica e inflado por la esperanza de poder abusar para sí de tu potestad, confiaba con toda seguridad en salir victorioso. No se preocupaba tanto del primado de Pedro como de su propio primado entre los teólogos de este siglo, creyendo que para ese fin lo ayudaría en gran manera si triunfara sobre Lutero. Cuando el debate terminó mal para este sofista, una furia increíble exasperó a ese hombre, puesto que se dio cuenta de que sólo a él se debía cuanto yo alegaba para vergüenza de Roma.

Y permíteme, por favor, excelente León, defender en esta oportunidad alguna vez mi propia causa y acusar a tus verdaderos enemigos. Supongo que sabes que trató conmigo el Cardenal de San Sixto, tu legado, hombre imprudente e infeliz, y aun infiel. Cuando yo y todo mi caso lo había puesto en sus manos por reverencia de tu nombre, no trató de restablecer la paz, lo cual habría podido conseguir fácilmente con una sola palabra, puesto que yo en aquel entonces prometí guardar silencio y terminar la controversia, si se mandase a mis adversarios hacer otro tanto. Pero el hombre buscaba su gloria. No contento con este arreglo, empezó a justificar a mis adversarios, a darles plena libertad y a ordenarme que me retractase, cosa que no figuraba entre sus instrucciones. Aquí, cuando las cosas esta han muy bien encaminadas, por su importuna tiranía se pusieron mucho peores. De todo el desarrollo posterior Cayetano tiene toda la culpa, no Lutero, porque no permitió que yo guardase silencio y me mantuviera quieto, como en aquel tiempo anhelaba de todo corazón. ¿Qué más podía hacer?

Después vino Carlos von Miltitz⁹, también nuncio de Tu Beatitud. Mediante muchas y variadas negociaciones, viajando de un lado a otro y no omitiendo nada para reparar el estado de la causa perturbada por la temeridad y soberbia de Cayetano, consiguió finalmente —también con el auxilio del Ilustrísimo Príncipe Elector Federico— tener conmigo una y otra vez entrevistas personales¹⁰. Nuevamente cedí a tu nombre. Estaba dispuesto a callar y a aceptar como arbitro ya sea al arzobispo de Tréveris o al obispo de Naumburgo. Así se arregló el asunto. Cuando este plan fue puesto en práctica con buenas perspectivas, Eck, el otro y mayor enemigo tuyo, irrumpió con la disputación de Leipzig que había establecido contra el doctor Carlstadt. Cuando surgió una nueva cuestión acerca del primado del Papa, inesperadamente dirigió contra mí sus armas, destruyendo completamente el convenio de paz. Mientras tanto, Carlos von Miltitz espera; mas no se llega a una decisión. No es extraño, porque Eck con sus mentiras, simulaciones y artimañas, había perturbado todo completamente; lo había exasperado y confundido de tal manera que, sin importar a qué lado se hubiese inclinado el veredicto, se habría producido un incendio mayor. Eck buscaba su gloria, no la verdad, mientras que yo no omití nada de lo que me correspondía.

Confieso que en esta ocasión salió a la luz no poco de la corruptela romana. Pero si en esto se hizo algo mal es culpa de Eck, quien emprendiendo una tarea que sobrepasaba sus fuerzas, mientras buscaba furiosamente su propia gloria, reveló la ignominia romana a todo el orbe. Él es aquel enemigo tuyo, estimado León, o mejor, el de tu curia. Del ejemplo de ese solo hombre podemos aprender que no hay enemigo peor que el adulador. Pues, ¿qué hizo con su adulación sino un mal que ningún rey hubiera podido promover? Hoy hiede el nombre de la curia

⁹ Noble de Sajonia, educado en Colonia; llegó a ser funcionario de la corte papal.

¹⁰ En Altenburg, Liebenwerda y Lichtenberg.

romana en el orbe y languidece la autoridad papal; la famosa ignorancia tiene mal renombre. De todo ello no se sabría nada, si Eck no hubiese perturbado el plan de paz mío y de Carlos. El mismo lo nota claramente indignándose tarde y en vano por la edición de mis libros. En esto debió pensar en aquel tiempo cuando en su calidad de emisario buscaba loca y totalmente su gloria como un caballo que relincha, sin anhelar otra cosa que su interés en contra del tuyo y con gran peligro para ti. El muy vanidoso esperaba que yo me detendría y me callaría a causa del temor de tu nombre, puesto que no creo que él basara sus presunciones sólo en su ingenio y su erudición. Como ahora ve que confió mucho *en mí y sigo hablando*, se arrepiente tarde de su temeridad, dándose cuenta que hay alguien en el cielo que resiste a los soberbios y humilla a los presuntuosos, si es que efectivamente lo comprende.

En consecuencia, como en la disputa no llegamos a nada sino que aumentamos la confusión de la causa romana, entonces Carlos von Miltitz se dirigió a los padres de la orden congregados en su tercer capítulo¹¹, y pidió un consejo para arreglar la controversia que ya estaba sumamente enredada y era peligrosísima. Como con el favor de Dios no había esperanza de conseguir nada *conmigo* por la violencia, mandaron algunos de los más destacados de ellos a mí y me rogaron que por lo menos respetase la persona de Tu Beatitud, y en una carta humilde alegase como excusa tu inocencia y la mía. Dijeron que el asunto no estaba en una situación completamente desesperada, si León X con su innata bondad la tomaba en sus manos. Como siempre ofrecía y deseaba la paz para prestar servicios mediante estudios más plácidos y útiles, y en contra de eso mismo me levanté con tanta pasión para contener, con la magnitud y el ímpetu de las palabras como asimismo de la inteligencia, a aquellos que consideraban muy inferiores en comparación conmigo, no sólo con gusto cedí, sino que también con alegría y gratitud lo acepté como un gratísimo beneficio, en caso de que esto fuera apto para satisfacer nuestra esperanza.

Así vengo, Beatísimo Padre, y ruego postrado, si aún se puede hacer, que te impongas a esos aduladores, que son enemigos de la paz mientras simulan una actitud pacífica, y les coloques el freno. Pero nadie debe presumir que me retracte, Beatísimo Padre, si uno no prefiere que el asunto sea envuelto en un enredo aún mayor. Además, admito leyes para interpretar la palabra de Dios, puesto que ella, que enseña la libertad de todas las demás cosas, no ha de ser cercenada. Salvo estos dos supuestos, puedo hacer y sufrir todo y lo haré de buen grado. Odio las contiendas; no provocaré a nadie, pero no quiero tampoco que me desafíen. Y si me retan, como Cristo es mi maestro, no me faltarán palabras. Tu Beatitud misma podrá evocar estas controversias y extinguirlas, ordenando por una palabra breve y fácil a ambas partes a guardar silencio y paz, como siempre deseaba oírlo.

Por tanto, estimado Padre León, cuídate de escuchar a estas sirenas que dicen que no eres un simple hombre, sino un semidiós que puede mandar y exigir cualquier cosa. No sucederá así y no prevalecerá. Eres el siervo de los siervos y entre todos los hombres te encuentras en un lugar misérrimo y peligrosísimo. No te dejes engañar por los que pretenden que tú eres el dueño del mundo. No admiten que nadie sea cristiano, si no se somete a tu autoridad, y se equivocan manifestando que tú tienes algún poder en el cielo, en el infierno y en el purgatorio. Son tus enemigos y quieren perder tu alma, como dice Isaiás: "Pueblo mío, los que te llaman bendito, te engañan". Yerran los que te ensalzan por encima de los concilios y de la iglesia universal. Están equivocados los que sólo a ti te atribuyen el derecho de interpretar las Escrituras. Bajo tu nombre quieren establecer todas sus impiedades en la iglesia y, ¡ay dolor!, Satán ha adelantado mucho por medio de ellos bajo tus predecesores. En fin, no creas a nadie que te exalte, sino al que te humilla, puesto que este es el juicio de Dios "Quitó de los

¹¹ Se realizó en Eisleben del 28 al 30 de agosto de 1520.

tronos a los poderosos, y exaltó a los humildes". Mira cuan diferente de sus sucesores es Cristo, aunque todos quieran ser vicarios de él. Y temo que muchísimos de ellos sean verdaderamente sus vicarios en un sentido demasiado literal. El vicario es sólo vicario cuando el titular está ausente. Y si el pontífice reina cuando Cristo está ausente y no mora en su corazón, no es otra cosa sino el vicario de Cristo. ¿Y qué es en tal caso semejante iglesia, sino una multitud sin Cristo? Y ese vicario es sólo el Anticristo y un ídolo. Mucho más correctamente los apóstoles se llaman servidores del Cristo presente y no vicarios del Cristo ausente.

Quizás sea yo atrevido, porque parezco dar instrucciones a un personaje tan grande y elevado, por el cual han de ser todos enseñados y del que, como se jactan tus adictos pestilenciosos, los tronos de los jueces aceptan la sentencia. Pero sigo el ejemplo de San Bernardo en su libro *De consideratione ad Eugenium* Es un tratado que todo papa debe saber de memoria. No lo hago por el afán de enseñar, sino con el deber de una pura y fiel preocupación que nos obliga a cuidar de todas las cosas para nuestro prójimo, aun cuando aparezcan seguras: no admite considerar la dignidad e indignidad. Solamente se fija en los peligros y en el provecho para el otro. Como sé que Tu Beatitud viaja y fluctúa en Roma, es decir, en alta mar que te acosa con infinitos peligros por dondequiera y te desempeñas en esta situación de miseria, de modo que te hace falta la mínima ayuda de un modestísimo hermano cualquiera, me parece que no es absurdo por mi parte, si en el ínterin me olvido de tu majestad, mientras cumplo con un deber de caridad. No quiero adular en un asunto tan serio y peligroso. Si no se comprende que en esto soy tu amigo y tu más humilde súbdito, hay uno que lo entiende y lo juzga.

Finalmente, para no venir sin un presente, Beatísimo Padre, traigo conmigo este pequeño tratado¹² editado bajo tu nombre, como un auspicio de la paz por concertar y de la buena esperanza, por el cual puedes advertir con qué clase de estudios yo preferiría y podría ocuparme con un resultado más fructífero, si tus aduladores lo permitiesen o hasta ahora lo hubiesen admitido. Es poca cosa, cuando se considera el volumen, pero si no me equivoco, es la suma de la vida cristiana expuesta en forma breve, si te fijas en su sentido. No tengo otra cosa que ofrecerte, soy pobre, y tú no precisas ser enriquecido, sino por un obsequio de carácter espiritual. Con ello me encomiendo a mí mismo a tu Paternidad y Beatitud, a la que Dios preserve para siempre jamás. Amén.

**SE FINALIZÓ EL PROCESO DE DIGITALIZACIÓN POR
ANDRES SAN MARTÍN ARRIZAGA. SANTIAGO, 2 DE ENERO DE 2006.**

¹² La libertad cristiana.